

Utopistas, anarquistas y rebeldes

Rafael Gumucio *

Introducción

En los actuales movimientos de la sociedad civil contra el capitalismo globalizado, y en otros movimientos contestatarios, resurgen, a mi modo de ver, concepciones y actitudes propias del utopismo, del anarquismo y de la rebeldía. Es cierto que, en este caso, estas expresiones sociales no se manifiestan del mismo modo que se expresaron en la época moderna y en el siglo XIX. Es evidente que, por ejemplo, el anarquismo contemporáneo no responde a las tesis de “propaganda por los hechos”. El utopismo no presenta representaciones completas de sociedades ideales, sino que más bien plantea una visión de horizontes utópicos, capaces de dar fundamento a la acción. La rebeldía, si bien recibe el rico patrimonio del pensamiento crítico de los líderes agrarios y guerrilleros, adopta contemporáneamente nuevas formas de rechazo al capitalismo neoliberal.

Algunos valores como la no-aceptación del dominio de un hombre sobre otro; la exclusión de los dirigentes autoritarios, que tanto daño hicieron al movimiento social; la no aceptación del orden y el rechazo a la militarización de la política, son herencias ciertas del anarquismo. El querer superar la miseria de la cotidianidad en el reinado neoliberal, el defender el horizonte de esperanza, el replantear sueños despiertos, que nacen de la marginación, la no-aceptación de miseria, ubicada en la periferia de las ciudades, al racismo y a la condenación de los continentes pobres a vivir en un permanente subdesarrollo, son herencias de la rebeldía.

Vivimos en una época en la cual el conformismo y el neoconservantismo pretenden instalar el reinado permanente del neoliberalismo. Cualquier inconformismo, incluso cualquier crítica, son rápidamente eliminados por el dominio totalitario de los medios de comunicación; si la crítica persiste, se aplica la coerción a través del poder judicial. Se trata de, como en las antiutopías contemporáneas, de ser feliz por medio de la pasividad y del no pensar. En este trabajo se pretende

* Profesor de historia y geografía de la Pontificia Universidad Católica, Diplomado de Estudios Avanzados en Historia, de la Universidad de París I, profesor de la Universidad Bolivariana.

realizar un recorrido histórico respecto a tres actitudes y posiciones de rechazo al sistema capitalista: la utopía, la anarquía y la rebelión. Utopistas, anarquistas y rebeldes tienen algunas características comunes, por ejemplo, se unen en el rechazo al capitalismo, y en su compromiso por los pobres y marginados de la sociedad. Sin embargo, una serie de elementos los diferencian: no se pueden igualar a las utopías del siglo XVI de Moro y Campanella, las cuales surgen en el comienzo del capitalismo, y constituyen una reacción igualitaria católica frente al capitalismo secularizado, con las utopías que surgen a partir del triunfo de la revolución industrial, de Fourier, Cabet, Saint Simon, y otros, en el siglo XIX.

El utopismo y la anarquía tampoco son asimilables, pues la mayoría de los autores ácratas, al igual que los marxistas, rechazaron la utopía. Estos sueños de ciudades perfectas, de falansterios, tienen mucho de autoritario. Sin embargo, hay algo de utópico en la asociatividad anarquista. Nada tiene que ver el anarquismo con el jacobinismo de la Revolución Francesa, por consiguiente, utopistas como Babuef, Blanqui y el comunismo de Cabet son completamente rechazados por los anarquistas como autoritarios. Sin embargo, Kropotkin escribió una de las mejores historias de la Revolución Francesa, resaltando la espontaneidad revolucionaria de los **sans culottes**. Asimismo, la contradicción entre socialismo autoritario y libertario es demasiado conocida para ahondar en este texto.

Mucho más difícil es establecer diferencias y similitudes entre utopistas, anarquistas y rebeldes. Se puede decir, con claridad, que la rebeldía fue acogida en todas sus expresiones por el movimiento anarquista. No pocas veces los ácratas idealizaron al bandido, que como Robin Hood roba a los ricos y premia a los pobres. La frontera entre el idealismo y el delito común fue muy frágil. A diferencia del marxismo, el revolucionario aristócrata se encuentra con el llamado lumpen proletariado.

En el caso de los rebeldes latinoamericanos, una personalidad como Emiliano Zapata puede ser fácilmente asimilado al anarquismo. Por lo demás, alguna importante influencia en la Revolución Mexicana tuvieron los hermanos anarquistas Florez Magón. El desprecio al poder y su compromiso con los campesinos por parte de Zapata, confirman este aserto. El caso de Sandino es un tanto diferente: más bien es un anti imperialista, un guerrillero popular, un nacionalista, que un anarquista. Che Guevara, por su parte, se ubica, claramente, dentro de un pensamiento marxista-leninista. Sin embargo, siempre es difícil establecer fronteras: todos los revolucionarios tienen un poco de soñador, de rebeldes y de anarquistas.

En este artículo intento un análisis de estas tres posiciones, contrastándolas con la situación actual, por consiguiente, comienzo el trabajo con una caracterización del neoliberalismo, como una idolatría del dinero, que tiene efectos totalizadores, muy contrarios a una posición libertaria como la que postulan los anarquistas. Posteriormente, me propongo presentar al cristianismo heterodoxo como una crítica válida, tanto respecto al capitalismo de la época industrial, como al actual, colocando como una de las figuras emblemáticas la evolución personal de Lammennais quien, desde posiciones conservadoras llegó a identificar al proletariado con la figura de Cristo. A continuación se valoran los aportes de utopistas, anarquistas y rebeldes, a la crítica al sistema capitalista y al poder establecido. Luego, en la conclusión, me propongo reflexionar sobre la vigencia actual de estas tres posturas sociopolíticas, de tal manera que constituyan un punto de partida para un ensayo sobre el anarquismo latinoamericano.

Este trabajo no pretende ser un aporte netamente original: es más bien un intento de divulgación de teorías, hoy olvidadas en el desierto del conformismo ambiental. Espero que la lectura de este artículo pueda interesar, es especial a los jóvenes que decepcionados, con razón, de los políticos, para que busquen nuevos caminos de rechazo al mundo satisfecho de los adoradores del mercado. Quiero dedicar este intento de revivir sueños en vigilia, a mi padre Rafael Agustín Gumucio, quien desde el partido Conservador evolucionó hacia una total negación del capitalismo y de la transacción, que ha significado la llamada “transición a la democracia” en Chile.

El nuevo Leviatán, el neoliberalismo

En la visión del filósofo político Thomas Hobbes, los hombres son profundamente egoístas. Suscribe la tesis del romano Plauto: “homo homini lupus est” (el hombre para el hombre siempre es un lobo). Imagina un hipotético “estado de naturaleza” donde todos están en guerra contra todos por la posesión de bienes escasos y deseables. Siendo ésta una situación intolerable cada uno de los hombres con todos los otros realiza un pacto social para crear la sociedad y el Estado, el cual evita, por medio de la coerción, que los hombres se maten unos con otros, los defiende de enemigos externos y crea el derecho de propiedad. El Estado, en este sentido, protege al más débil frente a la prepotencia directa del poderoso, pero la situación de guerra de todos contra todos prosigue en el mercado. El exiliado Hobbes no adora al Estado, lo considera un demonio, un Leviatán, necesario sólo a causa de la naturaleza corrompida y violenta del hombre.

A partir de Rousseau encontramos una crítica radical del Estado, que se desarrolla y radicaliza con los pensadores anarquistas, los cuales plantean su abolición o extinción. En el pensamiento de Marx, se asume el imaginario anarquista y se sostiene que el Estado proletario debe preparar la agonía de toda forma de dominación social y estatal y su reemplazo por la administración directa de las cosas. Si esta tesis de Marx fue contradicha por el socialismo autoritario soviético, esto no niega la ubicación al marxismo dentro de las teorías anti estatistas. Mucho más radicales, en el combate contra el Estado, fueron los anarquistas, quienes plantean la abolición inmediata de toda forma de poder.

El neoliberalismo, si juzgáramos por las apariencias, sería una nueva fórmula, a lo mejor más exitosa, de esta tendencia universal de la negación del Estado como una “excrecencia burocrática”. La manía privatizadora, la exaltación del empresario privado como héroe moderno, la adoración del mercado como regulador de toda la vida social y política, sería una de las manifestaciones de este antiestatismo primario. Sin embargo, se puede sostener que el neoliberalismo es la forma más radical de expresión totalitaria de toda la historia contemporánea. Esta afirmación parecería en contradicción con las apologías del neoliberalismo, que plantean la superación definitiva de los totalitarismos, (fascismo, estalinismo), que dominaron la historia a partir de los años treinta. La caída del muro de Berlín constituiría el momento del “juicio final” de la segunda venida, en gloria y majestad del reino mesiánico, propuesto por milenarismo: “el lobo cuida del cordero, los ríos manan leche y miel” como lo describe *El Apocalipsis*.

Este nuevo Leviatán supera al mítico demonio de época moderna: puede eliminar, por medio de la marginación más radical, a un continente entero como el África, condenando a su población a la miseria o a la muerte segura, por la verdadera epidemia, el VIH, la miseria y la desigualdad económica. Los ideales despertados por los Frentes de Liberación, en los años sesenta, han sido trastocados por el racismo y los fraudes electorales, como el que ocurrió actualmente en Zimbawe. En Europa y en Estados Unidos, una minoría de la población vive segregada por una xenofobia que es tan cruel como los totalitarismos de los años treinta. La globalización, al contrario de la mundialización, se basa, esencialmente, en la necesidad de excluir a los sectores de la población que demuestren incapacidad para incorporarse al mercado libre. Vivir en las afueras de las grandes ciudades constituye una forma de marginación que hoy lleva al hambre, al empleo precario y, en la mayoría de los casos, a la cesantía. El Leviatán desprecia a quienes no están preparados para participar del mundo del mercado.

Estas teorías están muy lejos de ser nuevas: en el siglo XIX Darwin sostuvo la teoría de la selección natural, y Malthus la tesis de que la población crece en progresión geométrica y los alimentos en progresión matemática, profetizando el reino universal del hambre. Con razón, republicanos y socialistas rechazaron, en su tiempo, estas peregrinas ideas. Hoy, la conciencia humanitaria no permite plantear, con la claridad de los pensadores del siglo XIX, formas tan radicales de exclusión. Sin embargo, en la realidad, en casi todos los países del mundo desarrollado, la cesantía llega a más de un 10 %, la mayoría estructural y permanente. En consecuencia, se condena a uno de cada diez habitantes a no reproducir la capacidad humana por medio del trabajo. En el caso del mundo subdesarrollado, en África supera los 30 o 40 %, y en el caso de América Latina, por ejemplo en Argentina actualmente, excede al 20 %.

El derecho al trabajo prácticamente no existe y, en caso de los países subdesarrollados, ni siquiera existen seguros de cesantía. Por consiguiente, el Artículo 24 de la Declaración de los Derechos del Hombre se ha convertido en letra muerta. La exclusión, que podría ser descrita en sus múltiples aspectos es, además, en el caso del neoliberalismo, una teoría, una teología, una filosofía, mucho más completa y radical que las más reaccionarias expresiones ideológicas del pasado.”en el mercado los privilegiados son los ricos, pues producen y venden; los pobres son unos parásitos e ineptos que deberían ser eliminados o sucumbir en una especie de darwinismo social. En el mercado, todo se compra y todo se vende, no hay más verdad que el mercado, todo es relativo, no hay pasado ni futuro; sólo el hoy con sus leyes de compraventa y competencia. la religión es una oferta más en esa hoguera de vanidades donde todose ofrece al mejor postor (...) En el fondo el Capitalismo Democrático diviniza el sistema, lo convierte en ídolo al que sacrifica las mayorías populares (...). La teología del neoliberalismo es una teología cortesana, pagada por el sistema” (Codina 1991: 15).

Al igual que la teología puritana, que según Max Weber influyó en el comienzo del capitalismo, esta nueva teología plantea ideales de orden, ahorro, sexo únicamente en la familia y propiedad privada. El neoliberalismo se entronca con el neoconservantismo dejando libertad total para explotar al otro, por medio del mercado, y plantear una rígida moral puritana en la vida privada. En este plano, nuevamente las iglesias se transforman en las mejores transmisoras de dichos imperativos categóricos: negación del divorcio, de la libertad de opinión dentro de la iglesia, de la eutanasia, del aborto terapéutico. Esta nueva herejía religiosa supera, de lejos, a los adoradores del becerro de oro: tiene un personal absolutamente incondicional, el Papa podría ser el presidente de la reserva federal, que de tiempo en tiempo habla **urbi et orbi** a los prosélitos, agentes de las bolsas de

comercio. Estas especies de encíclicas tienen mucha más eficacia que la *Rerum Novarum*, por ejemplo, basta una sola palabra para determinar la recesión económica o el crecimiento. Entre los príncipes de la iglesia están los gerentes del FMI, el Banco Mundial y el BID. De ellos depende el destino de un país. Sacerdotes importantes y jefes de congregación pueden ser los presidentes de los bancos centrales de los distintos países.

Actualmente la economía, especialmente en Argentina, se encuentra completamente en manos de los sacerdotes y obispos de la nueva secta neoliberal. Hasta hace pocos años, el FMI alabó las políticas económicas que luego llevaron a este país a la hecatombe. Hasta hace pocos años, con una gran irresponsabilidad se presentó a la Argentina como el modelo latinoamericano de desarrollo capitalista que debían seguir los otros países de nuestra región. La clase política argentina se ha encargado, a causa de la corrupción más descarada, de demostrar lo erróneo y abusivo de las tesis de los idólatras del mercado.

Utopía y cristianismo

La utopía, según decía de Víctor Hugo, “es la verdad del mañana”. Según Lamartine, “son sólo verdades prematuras” (cit. por Serviet 1979: 14). Marx y Engels valoraron la utopía como predecesora del socialismo, sin embargo, la consideraban incapaz de cambiar las sociedades. Para Lenin, la utopía era un deseo que no podía convertirse en realidad, puesto que no se apoyaba en las fuerzas sociales. Pensaba que cuanto menos libertad hubiera en un país, o cuando más escasas fueran las manifestaciones de la lucha de clases, había mayor facilidad para que surgieran utopías políticas”. El socialismo utópico en la versión leninista era un sueño que expresa la impotencia de los movimientos sociales.

El utopismo y las antiutopías contemporáneas son expresiones de respuesta ante distintas etapas de la evolución histórico-política, por ejemplo, frente al predominio de la iglesia en el feudalismo, surgen variadas posiciones milenaristas. La herejía era también una forma de oposición a la injusticia, de ahí que las gárgolas, por ejemplo, sean representación de demonios y una expresión artística de rebelión, por parte de los artesanos. Nuevos análisis históricos han permitido descubrir fuertes movimientos heréticos de oposición al papel opresivo de la iglesia. Frente al Estado moderno, por Maquiavelo, cuya idea central es la autonomía de la política respecto de la religión, la utopía adopta, bajo supuestos cristianos, el sueño de superación del capitalismo

moderno, cuyo eje central es la desigualdad. En el siglo XIX, los utopistas responden con comunidades soñadas a la terrible cotidianidad de la explotación del proletariado en la naciente sociedad industrial. Las utopías, en el siglo XX, responden a diferentes búsquedas: utopías médico-científicas, que buscan superar la enfermedad y lograr que el hombre viva, ojalá, eternamente; utopías educativas, que pretenden liberar al hombre de la ignorancia; utopías tecnológicas, que buscan superar, cada día más, la velocidad de la luz. También existen las antiutopías, como en el mundo feliz, de Huxley, o en 1984, Orwell, donde la libertad humana es completamente sacrificada en aras de una pseudo felicidad.

El cristianismo primitivo constituyó una de las primeras manifestaciones, en el mundo antiguo, de oposición a la propiedad privada, como fuente de desigualdad. Los Santos Padres, siguiendo el evangelio, condenaron la riqueza excesiva. San Agustín sostenía que “lo que posee cada uno de los hombres es origen de litigios y enemistades; discordia y guerra; tumultos, pecados y homicidios”. San Jerónimo señala que “el rico es injusto o heredero de un injusto”. Según San Ambrosio, “la tierra fue creada en común para ricos y pobres. No son tuyos los bienes que hacen obsequio al pobre” San Francisco de Asís asocia la propiedad al robo (cits. por Silva Solar y Chonchol).

Los poderes feudal y sagrado se confundieron transformando la iglesia en aval del poder político. En el cuadro de la alegoría del buen gobierno se representa a señores feudales y sacerdotes, por sobre siervos y villanos. El buen gobierno es deseado por Dios. En la alegoría del mal gobierno se presenta al demonio y los pobres rebelándose contra las clases privilegiadas. Como lo decíamos anteriormente, las herejías de los húngaros, valdenses y albigenses, fueron expresión de los sueños utópicos. Joaquín de Fiori aportó la visión del milenarismo, la segunda venida de Cristo al mundo en gloria y majestad. Cristo vendrá a gobernar, por un milenio, entre los vivos, donde el mundo terrenal será perfecto. Este pensador divide la historia en tres períodos: el del Padre, el del Hijo del evangelio y el del Espíritu Santo, que será la realización final.

El milenarismo inspiró a las rebeliones campesinas, como la de Thomas Münzter, en Turingia, a raíz de la Reforma protestante. El filósofo marxista Ernest Bloch relaciona las rebeliones campesinas con su concepción de la utopía concreta. Los campesinos alemanes lucharon contra la injusticia, movidos según Bloch los horizontes de esperanza, los sueños despiertos de la humanidad”. Thomas Moro tuvo, en la época de los tudores, todos los honores a los cuales podía aspirar un hombre del siglo XVI: fue ministro de Enrique VIII, su principal consejero y un

humanista amigo de Erasmo. Fue investido lord y miembro del Parlamento inglés. En 1518 escribió *Utopía. Libro de Oro sobre la mejor construcción del Estado y sobre la Nueva Isla de Utopía*. Rafael Hytlocleo, personaje principal de la obra, relata los detalles de este gobierno de utopía, que se parece mucho a Inglaterra. Una de las principales causas de la miseria política, según Moro, es la existencia de la nobleza: “grande es el número de nobles que ociosos como zánganos no sólo viven del trabajo de los demás, sino que los esquilman como colonos de sus fincas y los desuellan hasta la carne viva para aumentar sus rentas” (Moro 1518: 17).

En la isla de Utopía descrita por Moro no existe la propiedad privada porque: “donde quiera que exista y se mida todo por dinero, será difícil lograr que el Estado obre justa y acertadamente, a no ser que pienses que obrar con justicia es permitir que lo mejor vaya a parar a manos de los peores, y que se viva felizmente allí donde todo se halla repartido entre unos pocos que disfrutan de la mayor prosperidad, mientras los demás perecen de miseria,” (Ibid: 44). Todos estudian agricultura y aprenden un oficio. Allí todos se visten iguales, diferenciándose solo por el sexo, y sus condición de casados o solteros. “Estos trajes son agradables a la vista, acomodados a los movimientos del cuerpo y apropiados para el frío o el calor. Cada familia se fabrica los suyos” (Ibid: 57). Trabajan sólo seis horas diarias, y eso les deja tiempo para ejercitarse en la música y en la conversación. “Consiguen con creces cuanto requieren sus necesidades y bienestar” porque todos trabajan en la agricultura o artesanías, salvo los que se dedican al estudio y al servicio del Estado (Ibid: 59). Existe la más amplia tolerancia religiosa, sin embargo, las costumbres son muy estrictas: el matrimonio es para toda la vida, y se castiga severamente toda infidelidad. La riqueza y el dinero son condenados sin atenuantes. En su visión, los ricos son avaros y perversos y los pobres sencillos y virtuosos.

El calabrés Tommaso de Campanella, (1568-1639), escribió *La ciudad del sol*. Esta obra soñada en las prisiones de la inquisición supone la lucha contra tres vicios principales: la tiranía, la sofística y la hipocresía. “Muestra en su ordenamiento un dominio muy acentuado del principio de autoridad. Hay una reglamentación rigurosa de toda actividad humana, que no deja libertad ni siquiera a los sentimientos más íntimos y al amor, porque el Estado debe proveer el mejoramiento de la especie (...). Campanella habla de la comunidad de las mujeres, pero mujeres y hombres son igualmente posesión del estado como sus instrumentos. Hay una ordenación comunidsta de la propiedad (Mondolfo 1953: 17). Al igual que en la Ciudad de Moro la propiedad es colectiva. Campanella también condena el sexo, como voluptuosidad, pues debe servir sólo a la procreación, la sodomía es castigada con rigurosidad, la virginidad debe mantenerse hasta los 27 años. En

síntesis, la Ciudad del Sol es un verdadero convento. Por lo demás, Campanella se inspiró en las misiones jesuitas, en Paraguay: una mezcla de autoritarismo e igualdad.

En el siglo XIX, una serie de autores adopta las perspectivas de lucha proletaria, desde el cristianismo. El más conocido es Félicité de Lamennais (1782-1854). Su evolución espiritual es una de las más interesantes del siglo del romanticismo. Comienza siendo reaccionario y ultramontano, posteriormente trata de comprender la relación entre el liberalismo y el cristianismo y, por último, termina identificando la lucha proletaria con el mensaje evangélico. En 1834 publica su libro *Palabras de un creyente*, que tiene más de cien ediciones. En 1838, publica *El Libro del Pueblo*; en 1839, *La esclavitud moderna*; en 1841, *El pasado y el futuro del pueblo*. El Papa condena el liberalismo cristiano, en la Encíclica *Singulari Nos*, y posteriormente, a toda la modernidad, en *El Syllabus*. Lamennais es un hereje solitario, que muere en 1854, apartado de la iglesia. Bakunin sostiene que de haber vivido más, Lamennais hubiera terminado en el mas completo ateísmo.

Compara la situación del proletario con la de los esclavos en la antigüedad, “¿ qué era un esclavo con respecto del amo? Un instrumento de trabajo; una parte -y la más preciada, de la propiedad(...). ¿ Qué es el proletario respecto del capitalista? Un instrumento de trabajo. Liberado por el derecho vigente, responsable, legalmente, de su propia persona (...). El esclavo tenía asegurado, por lo menos, la comida y el techo (...). He aquí el destino del pobre, depender absolutamente de quien le da trabajo” (Lammenais 1839: 117-118). En otro plano, Lammenais critica el abuso de los mandatarios sobre los mandantes, la revuelta de las autoridades contra el pueblo, incluso propone negarse a pagar impuestos a un gobierno en guerra con la nación. Identifica la causa del pueblo con la causa de Dios. “La causa del pueblo es una causa santa, la causa de Dios, por lo tanto, esta causa ha de triunfar irremisiblemente” (Ibid: 139).

Etienne Cabet (1788-1856), publica, en 1840, su *Viaje a Icaria*. En este manifiesto del comunismo Cabet rechaza todo recurso a la subversión, recuerda la derrota de la conspiración de los iguales y el retroceso que significó para el avance revolucionario el empleo de la violencia. Para Cabet, cristianismo y revolución se identifican. En su obra, Icaria, se hermana con los principios de la no-resistencia como forma de respuesta a la opresión, y que será seguida por Tolstoy, Martín Luther King y Mahatma Gandhi.

Wilhem Weitlin es, junto a Proudhon, uno de los escritores socialistas de origen proletario. Hijo natural, se gana penosamente la vida; es un autodidacta, y un revolucionario intuitivo. Se sabe que Marx profesó una gran antipatía a estos revolucionarios que ungían el socialismo con agua bendita. Para Weitlin, en *El Evangelio de un pobre pescador*. Pensaba que Cristo es un verdadero comunista, el profeta de la libertad, del amor. El que había enseñado que todos los hombres son hermanos, como decía el lema de la liga de los justos.”Cristo es una profeta de la libertad, su doctrina la de la libertad y el amor” (Witlin, cit por Arvon 1972: 37).

Otros utopistas pretenden superar el cristianismo con una nueva religión, como Claude Henri, comte de Saint Simon (1759-1825). Joseph Fourier (1772-1837), por su parte, plantea una teoría de las pasiones en su Falansterio, edificio en que están pensados todos los detalles para una vida en comunidad. François Babeuf, (1760-1797), y August Blanqui, (1805-1881) dirigen la lucha jacobina, basada en las organizaciones secretas. El primero muere en la guillotina, después de la conspiración de los iguales y, el segundo, pasa casi toda su vida en las cárceles burguesas, a causa de una serie derrotas en diversas rebeliones populares.

En el siglo XX, Ernest Bloch, (1885-1977), encuentra el valor de la utopía en el diálogo entre el cristianismo y el marxismo. Este autor pensaba que la esperanza es revolucionaria, no se tiene nunca seguridad, pero si se carecía de esperanza, no era posible acción alguna. Si la humanidad no tenía esperanza se convertía en una humanidad sin valor. En la confrontación con la freudiana de las pulsiones, sostuvo que el hambre es la pulsión principal, y es la que impulsa al proletariado a luchar por la vida. Distingue los sueños diurnos de los nocturnos, los primeros permiten visualizar los horizontes de esperanza, el sueño despierto es transformador de la realidad. En el cristianismo, distingue entre una línea rebelde y otra profética, que pasa por la serpiente, por Caín, el asesino, por Jacob, el usurpador, por Job, el blasfemo y Cristo, que se rebela en la cruz. El marxismo es para Bloch la nueva religión que realiza una simbiosis de todo lo progresista de esta línea de rebelión. Se apropia del profetismo.

Ni Dios ni amo

Suele confundirse el ateísmo con el antiteísmo: el verdadero ateo no le preocupa, en absoluto, Dios, no le interesa, no se cuestiona acerca de su existencia, no se rebela contra El, simplemente, no existe para él. En cambio, el antiteísta se opone a Dios, lo cuestiona, necesita matarle, como Nietzsche, y finalmente, superarlo en un supuesto ateísmo. El ateísmo del siglo XIX,

en lo que tiene de cientifismo, es frío, es indiferente, cree que la ciencia positiva superará toda perspectiva metafísica. Coincido con Arvon, en el sentido de que el llamado ateísmo de Bakunin es, fundamentalmente, un antiteísmo. Arvon cita a Dostoyevsky, quien sostuvo que el ateísmo perfecto está en la cúspide de la escala, sobre el penúltimo grado que lleva a la fe perfecta.

Sería excesivo y discutible asimilar a Bakunin a la categoría de los cristianos anómicos ni, menos, ubicarlo como un metafísico idealista. Tanto Marx como Bakunin enfrentaron a los llamados socialistas cristianos, pero su reacción fue distinta: el primero los rechazó radicalmente, el segundo, comenzó apreciando el valor de Lammenais. Bakunin admiraba la heterodoxia de *Palabras de un creyente*. Después de esta primera etapa, de acogida favorable a la obra de estos dos socialistas cristianos, Bakunin recibe el aporte de los críticos de la religión de la izquierda hegeliana, de Strauss, de Bauer y, finalmente, Feuerbach, quien reduce, en *La Esencia del Cristianismo*, la religión a la antropología, “Homo homini Deus”, (el hombre es Dios para el hombre).

Al igual que Marx, Bakunin no se puede conformar con el descubrimiento de que “el hombre crea a los dioses”, que mientras más miserables sean los hombres crean dioses más ricos. Pero, la superación de la tesis de la reducción del cristianismo al humanismo será diferente en cada uno de estos autores. Para Marx, la religión se extinguirá cuando el hombre se libere de todas las enajenaciones. La crítica de la religión es el comienzo de la crítica de la sociedad. Para este autor la oposición a toda religión tiene su alfa y omega en la abolición de toda autoridad, de toda ley, de todo gobierno. Ciertamente, tampoco lo conforma la crítica científica de la religión, propuesta por el positivismo, con su teoría de los tres estados: teológico, metafísico y positivo. La ciencia es solamente un guía y no el conductor. Según Arvon, es Proudhon quien en sus tesis sobre *La guerra a la religión*, abre al espíritu rebelde de Bakunin una crítica a la religión, más adecuada que la frialdad comptiana.

“El cristianismo es precisamente la religión por excelencia, ya que expone y manifiesta la naturaleza misma y la esencia de toda religión: que son: el empobrecimiento, el aniquilamiento y el avasallamiento sistemáticos, absolutos de la humanidad en beneficio de la divinidad, principio supremo, no solamente de toda religión (...). Al ser Dios todo, el mundo real y el hombre no son nada. A ser Dios la verdad, la justicia y la vida infinita, el hombre es la mentira, la iniquidad y la muestre. Al ser Dios el amo, el hombre es el esclavo” (Cit. por Arvon 1972: 87). Por su parte, Proudhon reivindica al gran rebelde, Satanás. Finalmente, Bakunin sostiene que “Dios es; por

consiguiente, el hombre es esclavo. El hombre es inteligente, justo, libre; luego, Dios no existe” (Cit. por Arvon 1972: 88). La religión sería la expresión de todos los doctrinarios y sectarios, sirvientes de los explotadores. Parafraseando a Voltaire, quien sostenía que si Dios no existiera habría que inventarlo, Bakunin sostiene que si Dios existiera habría que hacerlo desaparecer.

El invierno de la política

Siempre, en la historia humana, los pensadores elitistas despreciaron a la democracia. Platón, por ejemplo, criticó a los dirigentes atenienses de la polis, que habían perseguido a algunos intelectuales y condenado a muerte a su maestro, Sócrates. El primer ministro inglés, Disraeli, que se burlaba del sufragio universal, propuso a su cochero, como el voto valía igual, abstenerse ambos. Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas*, describe, plásticamente, la invasión del hombre medio y vulgar en los cafés y todos los lugares públicos. Los conservadores de todo tipo piensan que el reino de la masa destruye la cultura y la inteligencia. El voto plural, el dar más sufragios a aquel que posee más educación, o el voto censitario, que se relaciona con el poder económico, debe reemplazar al peligroso sufragio universal. Actualmente, en casi todos los países, los sueños de poder obrero, sobre la base del sufragio universal, han desaparecido. El tedio, la indiferencia, la falta de motivación, la escasa posibilidad de cambio, se han instalado en esta política desértica. La fiesta electoral ha dejado de serlo a causa de la separación radical entre sociedad civil y sociedad política.

La utopía saint simoniana, de reemplazo de la política por la administración, se ha llevado a cabo a comienzos de este siglo. Según Saint Simon, durante el período histórico feudal, las clases ociosas, el clero y la nobleza, supeditaron a la clase mayoritaria, los trabajadores, que comprendía a los industriales, los sabios, los científicos, los artesanos, los obreros, es decir, todas las clases productoras. La admiración de Saint Simon por la clase industrial tiene su mejor representación en la famosa parábola, publicada en 1819.

“Supongamos que Francia pierde, en un momento dado, sus cincuenta primeros físicos, sus cincuenta primeros químicos, sus cincuenta primeros fisiólogos, sus cincuenta primeros matemáticos, sus cincuenta primeros poetas, sus cincuenta primeros pintores, sus cincuenta primeros literatos; sus cincuenta primeros mecánicos, sus primeros cincuenta ingenieros civiles, sus cincuenta primeros arquitectos, sus cincuenta primeros médicos, sus primeros cincuenta cirujanos, sus primeros cincuenta primeros marinos, sus primeros relojeros; sus cincuenta primeros

banqueros, (...) sus primeros seiscientos cultivadores, (...) sus cincuenta primeros albañiles, sus primeros cincuenta carpinteros...Estos hombres son los más necesarios para Francia; son los que suministran los bienes y artículos más importantes, los que dirigen los trabajos más útiles a la nación (...), son la flor y nata de la sociedad francesa.

Pensemos en otro caso. Supongamos que Francia conserva a todos los hombres de genio, especializados en las ciencias, en las bellas artes y en oficios y que, por el contrario, tiene la desgracia de perder, en un mismo día, a su Alteza el hermano del rey, a Monseñor el duque de Angulema, a Monseñor el duque de Berri, a Monseñor el duque de Orleáns, a Monseñor el duque de Borbón, a la duquesa de Angulema, a la duquesa de Berri, a la duquesa de Borbón y a la Señorita de Condé (...), a todos sus cardenales, obispos, vicarios generales y canónigos (...), todos los empleados de los ministerios, todos los jueces y, por añadidura, diez mil propietarios (...). Esta pérdida de treinta mil individuos, los más importantes del Estado, serían causa de un dolor puramente sentimental, porque ello no supondría ningún detrimento político para dicho Estado”. (Saint Simon 1819: 53 a 55). Estos textos muestran que Saint Simon rechaza al poder político y a la nobleza como clases ociosas e inútiles para el desarrollo de Francia.

Michel A. Bakunin nace el 8 de mayo de 1814, y murió en 1876. Su padre, diplomático ruso en Francia, había presenciado la toma de la Bastilla, que inspiró la revuelta de los decembristas y, posteriormente, la represión llevada a cabo por el Zar Nicolás I. En 1840 viajó a Berlín, donde se relacionó con la izquierda hegeliana. En 1847 conoció a Karl Marx, de quien dice que era bastante amigo, y con quien aprendió la economía política, pues aún no se había liberado de las abstracciones metafísicas. “Nuestros temperamentos –escribe Bakunin- no se soportaban. El me llamaba idealista sentimental y tenía razón; y yo a él vanidoso y pérfido también tenía razón”. (Cit por Cortezo: 1966: 15). En esa época conoció a Proudhon, con quien tuvo mayores coincidencias que con Marx. “Es muy probable que Marx se eleve **teóricamente** a un sistema más radical de libertad, pero le falta el instinto de Proudhon. Como alemán y como hebreo es un autoritario de la cabeza a los pies” (Ibid: 16). En 1869 es desterrado a Siberia, donde redacta un texto muy confuso, que constituye una especie de confesión al “padrecito Zar”. En 1867 participa en la liga por la paz y la libertad. En 1869, Marx escribe a Engels alertándolo del peligro de la participación de Bakunin en la Internacional.

La relación de Bakunin con el joven rebelde ruso, Netchaïef, quien propone una nueva moral revolucionaria, basada en el engaño, fue fatal para la reputación del primero. La audacia de

este joven discípulo lo llevó a amenazar al editor de una traducción al ruso de *El Capital*, de Marx, realizada por Bakunin, con el pretexto de que debiera dedicar todo su tiempo a la revolución. Este hecho delictual empeoró aún más las relaciones entre ambos revolucionarios. Afortunadamente, Bakunin descubrió la naturaleza amoral de su prosélito.

En 1871, manifestó su admiración por la Comuna de París. “El socialismo revolucionario ha hecho su primer intento de manifestación clamorosa y práctica en la Comuna de París. Yo soy partidario de la Comuna de París, por haber sido masacrada, sofocada en sangre por los carnecifes de la reacción monárquica y clerical, se ha hecho aún viva y poderosa en la imaginación y en el corazón del proletariado europeo, soy partidario de ella porque ha sido una negación audaz y decidida del Estado” (Cit por Cortezo: 1966: 42). Tanto Marx como Lenin consideran a la Comuna de París como el intento, por parte de los trabajadores, de tomar el cielo con las manos. Marx pensaba que los trabajadores de la Comuna de París debían ser siempre considerados como los precursores gloriosos de la nueva sociedad.

En la Comuna, todos los cargos eran elegidos y todo mandato era revocable por los ciudadanos. Las industrias estaban dirigidas por los trabajadores, y se postulaba la autonomía de la Comuna. Para Bakunin, el predominio de los jacobinos habría frustrado la revolución francesa y, aun en la Comuna, las posibilidades de radicalización. El conflicto entre socialismo autoritario y socialismo libertario se acentuaba logrando, finalmente Carlos Marx, en el Congreso de Londres, la expulsión de Bakunin y sus seguidores.

En *Estatismo y anarquía* hizo una crítica premonitoria a la concepción de la dictadura del proletariado de Marx: “el llamado Estado del pueblo no será más que la administración despótica de las masas del pueblo por una aristocracia nueva y muy poco numerosa de los verdaderos y pseudosabios (Bakunin 1873: 200). Sigue diciendo que los marxistas reconocen “que un gobierno de sabios –el más pesado, el más ultrajante y el más despreciable del mundo -será, a pesar de todas las formas democráticas, una verdadera dictadura, se consuelan con el pensamiento que será provisoria y corta será pasajera (...). Todo Estado, sin exceptuar (el) Estado popular, es un yugo, que por una parte, engendra el despotismo, y por la otra la esclavitud” (Ibid). En 1876 muere Bakunin diciendo: “he vivido siempre de manera desordenada, ahora se dirá de mí, su vida fue desordenada, pero su muerte muy ordenada” (Cit por Cortezo: 1966: 46).

Podemos hacer una síntesis de las ideas centrales de Bakunin. La revolución social debe abolir toda forma de poder. El fin del Estado trae, necesariamente, el fin de la religión. Se rechaza la doctrina contractualista de Rousseau; este pensador era para Bakunin, el más nocivo del siglo XVIII. La voluntad general es expresión de un totalitarismo inaceptable. El sufragio universal no significa ningún avance para el movimiento libertario, pues es una forma más elegante de mantener el poder; siempre ha sido un engaño para los trabajadores. Las dos leyes fundamentales del pensamiento de Bakunin son la solidaridad social y la libertad. Todos los jueces deberán ser elegidos por el pueblo. La propiedad privada deb ser abolida, y no existirá el derecho a heredar. La tierra será explotada colectivamente por las asociaciones agrícolas y las industrias serán dirigidas por asociaciones industriales. El colectivismo consiste en el uso común de todos los bienes, “a cada uno según sus necesidades, a cada uno según su trabajo”. Abolición de la familia patriarcal, igualdad entre hombres y mujeres. Eliminación del matrimonio y uniones libres. Educación liberadora (Cortezo 1966, Arvon 1972 y Nettlan 1976).

Estas ideas libertarias tienen un desarrollo, en la historia humana, de larga data, por ejemplo, aparecieron con los pensadores cínicos y los estoicos griegos, muchos de ellos ex esclavos, los cuales rechazaban y se burlaban del poder. Diógenes no aceptó el ofrecimiento de Alejandro Magno, de prestarle el servicio que él desee, sólo le ruega que “no le tape el sol”. Zenón (342-267), planteó una comunidad sin gobierno, donde se produciría una perfecta concordancia entre el hombre y la naturaleza, no se necesitarían tribunales de justicia, ni policía, ni templos, ni monedas (Diógenes Laercio III d.c.: 99 y sgtes.). La Revolución Francesa, que impactará a toda Europa, pondrá a la orden del día, el problema del poder y la libertad. Las críticas de Burke, padre del pensamiento conservador moderno, al peligro revolucionario constituyen un clásico de la literatura aristocratizante y decadentista de la historia.

William Godwin (1756-1836) proporciona una visión mucho más favorable de la revolución francesa. En su libro de *Investigación sobre la Justicia Política*, el hombre se construye a través de las circunstancias. “El hombre es perfectible, aunque incapaz de perfección, es capaz de mejorar indefinidamente. Esta creencia optimista y sin restricción alguna en el progreso humano (...) fue magníficamente establecida en forma razonada por Condorcet”, escribe un autor sintetizando sus ideas (Preston 1926, cit. por Santillán 1945: 15). La educación para la libertad es fundamental para el desarrollo humano. La igualdad haría a los hombres francos, inteligentes e intrépidos. Los vicios y las debilidades de los hombres no son invencibles.

Pedro Kropotkin, (1842-1923), era descendiente de una familia aristocrática. Se enganchó en el ejército y realizó importantes investigaciones geográficas y antropológicas, en Siberia. En 1872 se unió a la Internacional, siendo partidario de Bakunin. En Suiza, en 1882, dirigió *El rebelde*, periódico anarquista. Después de la Revolución, en 1917 volvió a Rusia. Kropotkin se negó a sumarse a la campaña de la reacción europea, en contra de la Revolución Rusa. Si bien no coincidía con el socialismo autoritario, ni menos con la dictadura del proletariado, pensaba que podría ser superada en etapas posteriores por el socialismo libertario.

Sus principales escritos son *La Conquista del Pan*, donde se propone la conquista del poder económico por los trabajadores, sin recurrir al Estado. En *Ética*, escrita entre 1904 y 1906, plantea una doctrina moral de la solidaridad, “sin igualdad no hay justicia, sin justicia no hay moral” (Kropotkin cit. por Baldwin 1927-1968: 146). Resalta el valor y la importancia de la rebeldía popular en la Revolución Francesa y propone en anarco comunismo como sistema posterior a la evolución del Estado. Rechaza, tanto el pacifismo de Tolstoy, como el individualismo extremo de Max Stiner, y del norteamericano Benjamín Tukner. Pensaba que un individualismo mezquino y egoísta no es capaz de inspirar a nadie, y que la individualidad sólo puede desarrollarse mediante el esfuerzo social común.

Ericco Malatesta (1853-1932) se convirtió en uno de los grandes luchadores del socialismo libertario, y casi no hubo rebelión en la cual no estuvo presente. Siendo estudiante de medicina, en Nápoles, se convirtió al socialismo. Viajó por Argentina y Estados Unidos, fundando distintas organizaciones anarquistas. En 1895 participó en la rebelión de Jerez, en Andalucía. Según Kropotkin, este revolucionario vivía pobremente e, incluso, vendía helados en las calles de Nápoles. Malatesta fue sometido a prisión domiciliaria por Mussolini, muriendo, en 1932. Su cadáver fue arrojado a una fosa común.

En su libro, *La anarquía y el método del anarquismo*, Malatesta distinguió entre el Estado y el gobierno, defendiendo la posición anarquista de rechazo de todo poder. Siempre el gobierno está al servicio de los más ricos, por consiguiente, no es necesario para un millonario como Rothschild participar directamente en el parlamento, “le basta tener bajo su dependencia a ministros y diputados” (Malatesta 1902: 25). Sobre el sufragio universal sostuvo “que tal derecho se ha tornado excesivamente irrisorio y bueno solamente para consolidar el poder de la burguesía dando a la parte más enérgica del proletariado incluso la esperanza de ocupar el poder” (Ibid). La solidaridad es el elemento fundamental de las tesis de Malatesta. Describe la sociedad anarquista como una sociedad

de hombres libres, como una sociedad de amigos. Pensaba que el escenario de la unidad italiana sería favorable para el socialismo libertario, así como en todos los países latinos, y que el marxismo carecía de importancia. A pesar de estas circunstancias favorables y del trabajo de Cafiero, Costa y Malatesta, el anarquismo fue supeditado por la lucha republicana, dirigida por Garibaldi y Mazzini, quienes encabezaron la unidad italiana.

La propaganda por los hechos

Uno de los elementos más condenables del anarquismo lo constituye el expediente de usar el terror para imponer sus ideas. Un cierto halo de romanticismo cubrió a estas acciones desesperadas. El bandido, el delincuente, fue también un personaje apreciado dentro de esta estrategia de ruptura radical con el Estado capitalista. En 1881, en Estados Unidos, Johan Most publicó un panfleto, cuyo título es sugerente: *“La ciencia de la guerra revolucionaria. Manual de instrucciones para el uso de la nitroglicerina y dinamita, algodón de pólvora, fulminato de mercurio, bombas, espoletas, venenos”* (Horowitz 1964: 71). En 1885, las huelgas generales para lograr la jornada máxima de ocho horas, en la ciudad de Chicago, alcanza movilizar más de tres mil huelguistas. Una bomba explota, posiblemente manipulada por provocadores de la policía, hiriendo a más de 200 personas, hecho que provoca el terror de la población burguesa, que se expresa, por ejemplo, en los periódicos, al acusar a los ácratas de: “rufianes”, “rojos”, “fabricantes de bombas”, “anarcos dinamiteros”, “monstruos sanguinarios” (Ibid: 81).

Como la mayoría de los líderes no eran norteamericanos, fueron calificados la escoria de Europa. En este ambiente no se podía esperar un juicio equitativo: el juez Gary no respeta ninguna regla del “debido proceso”, algunos de los miembros del jurado eran víctimas o parientes de las mismas. Los condenados usaron el tribunal para realizar la propaganda de sus ideas, por ejemplo, G. Engel, dice: “Odio no al capitalista individual, sino al sistema que le concede sus privilegios. Mi mayor deseo es que los trabajadores sepan quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos” (Cit. Yellen 1936: 87). El 11 de noviembre de 1887 son colgados y debajo del capuchón se escucha a Spies decir lo siguiente: “Llegará un tiempo en que nuestro silencio será mucho más poderoso que las voces que hoy estrangulais” (Ibid).

El juicio y condenación de Nicolás Sacco y Bartolomeo Vanzetti es el más famoso y conocido por la opinión pública. Estos dos emigrantes italianos fueron acusados de haber asesinado a un guardián de una fábrica de zapatos. El 23 de agosto de 1927 fueron condenados a la silla

eléctrica, a pesar de las peticiones de piedad de una sociedad impresionada por la inteligencia de estos dos autodidactas.

Francia aportó al pensamiento libertario dos grandes pensadores. Uno de ellos fue Elisée Réclus, comunero muerto en manos de los versalleses, que fue un gran científico y luchador por la libertad; y Jean Grave, hijo de obrero, autor de *La sociedad moribunda* y *El anarquismo*. Una de las características de los anarquistas era una alta moralidad. La mayoría vivía muy pobre, si eran ricos, donaban su dinero y bienes al movimiento; no fumaban, ni bebían, la mayoría son vegetarianos, incluso, los delitos cometidos, en pro de la revolución, se cubrían bajo el imperativo moral de despojar a los ricos para dársela a los pobres.

Rabachol es un personaje con muchas contradicciones: por un lado ayudaba a los pobres, considera ignominioso morir de hambre y prefirió ser ladrón y asesino, incluso, profanó tumbas. Al ser detenido dijo “mi objetivo era aterrorizar, para obligar a la sociedad a mirar atentamente a aquellos que sufren” (cit. por Tuchman 1963: 99). Un camarero del restaurant Berry se jactó de haber descubierto y entregado a la policía a este “peligroso asesino”. Rápidamente, una bomba explotó en el restaurant; “es una verificación”, dice el diario anarquista *Pere Peinard*. Rabachol se enorgullece ante la policía diciendo: “¿Ven esta mano?, ha matado tantos burgueses, como dedos tiene” (Ibid). La mayoría de los pensadores anarquistas, Kropotkin, Malatesta y otros, criticaron las acciones de Rabachol. Sin embargo, después de haber sido guillotinado fue convertido en martir anarquista y héroe de los sectores marginados. Se popularizó una canción callejera que, parodiando la famosa *La Carmagnole*, decía que “llegará, llegará, cada burgués recibirá su bomba” (Ibid: 101).

En 1892, los atentados reaparecieron. La clase política estaba desprestigiada por los robos escandalosos a raíz de la construcción del Canal de Panamá. Los extremos, de derecha e izquierda, cuestionaban la democracia. La sociedad veía un peligro anarquista en cada esquina. En 1893, un pobre hombre arruinado vuelve de Argentina: Augusto Vaillant. Desilusionado, pretende realizar un acto que llame la atención: lanza una bomba de clavos en pleno hemiciclo parlamentario, considerando a los diputados como la expresión de la corrupción burguesa. Este acto tuvo como consecuencia sólo heridas leves de algunos parlamentarios; su intención no era matar, sino llamar la atención. Fue condenado a muerte, pese a que sesenta diputados firmaron una petición de gracia al Presidente. Sin embargo, el gobierno fue implacable y lo hizo fusilar el 5 de febrero de 1894.

Esta muerte fue vengada con un atentado monstruoso: en el café Terminus, de la estación Saint Lazare, explota una bomba, cuyo resultado fue de un muerto y veinte heridos. El terrorista fue rápidamente descubierto. Émile Henri se jactó ante la policía, de ser el autor, pues en su opinión los clientes de dicho café “son la masa de buenos pequeños burgueses que ganan entre 300 a 500 francos mensuales, que son más reaccionarios que sus amos, que odian a los pobres y se ponen del lado de los ricos” (Cit. por Tuchman 1963: 111). Cuando se le acusa de haber matado a gente inocente, dice que “no hay burgueses inocente” (Ibid). El ácrata Luigi Luchini decide matar a alguien importante y elige a la Emperatriz Isabel de Austria, a quien clava un puñal, en su visita a Ginebra. En 1897, Pietro Acciarito intenta matar al rey Humberto. En 1914, muere Francisco Fernando, a causa de un atentado de Gaetano Bresci, y se inició la Primera Guerra Mundial.

El anarquismo en España

En España del siglo XIX, al igual que en todos los países latinos, el anarquismo era mayoritario. La primera república de 1873 fue dirigida por un hombre pequeño, de estatura, dotado de una gran honestidad, Francisco Pi Margall, quien había leído a Proudhon, en *El principio federativo* y adoptó muchas ideas anarquistas: “el federalismo, la abolición del servicio militar, las comunidades campesinas, el banco de crédito agrícola, los municipios autónomos y la educación gratuita y obligatoria. Sin embargo, se diferencia de los anarquistas por su reformismo y gradualismo” (Jover 2001: 365 y sgtes.). Esta primera república federativa tuvo que enfrentar serios problemas: por un lado, la rebelión carlista, que representaba el monarquismo católico más reaccionario, y por otro, la lucha por la independencia de Cuba, que impidió la supresión del servicio militar obligatorio. Los anarquistas tenían núcleos importantes en Andalucía, donde se propuso el famoso “colectivismo”, propugnado por Bakunin, muy adecuado para sectores campesinos; y en Cataluña, donde predominaban los sindicatos y se aplicaba el anarco comunismo, de Kropotkin.

El anarquismo en España asumió varios significados. En primer lugar, constituyó el fundamento sociológico y antropológico, de las ideas de “libertad, de bondad natural del hombre, fe en la razón, en la ciencia y en el progreso. En segundo lugar, constituyó una crítica a la sociedad existente, la negación del sistema capitalista, la crítica a los privilegios, en especial los de la iglesia católica, al nacionalismo y a la guerra (...). La repulsa a participar en el poder, la espontaneidad y el apoliticismo visceral” (Ibid: 385 y sgtes.). La historia del movimiento anarquista se puede dividir en los siguientes períodos: 1874-1881, la lucha clandestina; 1881-1906, la propaganda por los hechos;

1900-1909, el experimento educacional de la escuela moderna; 1936-1938, la participación en la Guerra Civil Española (Jover 2001).

En 1882 se separan los anarquistas sindicalistas de aquellos más radicalizados, sobre todo, de “Los desheredados”, asociación campesina que plantea la idea de la propaganda por los hechos, y dirigió la rebelión, en Jerez de la Frontera, en 1891. En 1931, en una elección municipal, triunfó la segunda república española, que despertó grandes expectativas en un pueblo explotado por los latifundistas y dominado por una iglesia de la Contrarreforma. Cataluña, el país vasco, y los gallegos, Galicia, esperaban lograr la autonomía. En 1931, sólo se decretó la independencia catalana. Vascos y gallegos tuvieron que esperar hasta 1936, año en que comienza la Guerra Civil. El recuerdo del fracaso del federalismo penará a los republicanos.

Los campesinos esperaban una reforma agraria que los transformara en propietarios, pero la debilidad de los republicanos liberales no lo permitió. El anticlericalismo se hace presente en todas las revoluciones españolas. Desde comienzos del siglo XIX, los movimientos sociales comprendieron que la iglesia era la gran aliada de los latifundistas. Una mezcla de fanatismo religioso, de superstición, con una antipatía profunda a la utilización de lo sagrado, por parte del poder, estará siempre presente en la mentalidad de los españoles. Aún hoy día, muchos de los insultos están dirigidos a divinidad, a la hostia y a los signos externos del dominio del claro. A pocos días del triunfo de la república se quemaron los conventos, se intervinieron las procesiones, y se violaron monjas. Incluso Azaña llegó a sostener que ninguna iglesia valía la vida de un solo republicano.

El panorama europeo, al igual que en la primera república, no era favorable: el liberalismo y la democracia parlamentaria se batían en retirada, a raíz de la crisis de 1929. El fascismo, el corporativismo, el nazismo y el estalinismo se imponían. La derecha española se unificó en la CEDA, (Corporación española de derechas autónomas), dirigida por José María Gil Robles. El partido socialista se negó a integrar el gobierno, y en 1933, los radicales y la CEDA lograron la mayoría parlamentaria. La izquierda comprendió el peligro de que la derecha llegara a ser fascista y se rebeló en toda España; sólo logró triunfar en Asturias, donde los sindicatos mineros instalaron un gobierno socialista. Las tropas, dirigidas por el General Franco aniquilaron esta rebelión obrera.

En 1936, la izquierda había aprendido la lección, y unida en un Frente popular, compuesto por republicanos y socialistas, logró triunfar en las elecciones parlamentarias. Los militares temían

el desmembramiento del país por la autonomía catalana y el triunfo del socialismo y se sublevaron en junio del mismo año. El asesinato del monarquista Calvo Sotelo y el del socialista guardia de asalto, Castillo, demostraron la imposibilidad de acuerdo entre las dos Españas. Producida la rebelión militar, la mayoría popular resistió impidiendo el triunfo del golpe, en las ciudades principales: Madrid y Barcelona. El apoyo popular superó la orden de Casares Quiroga, quien se negó a dar las armas al pueblo. Policías y partidos políticos de izquierda formaron las milicias populares. En Cataluña los anarquistas pudieron tomar el poder, pero para quienes niegan la validez de todo gobierno, parecía absurdo construir una nueva forma de dominación. Es posible que de haber tomado el mando, se podría haber evitado la derrota de la república, pero la contradicción habría sido flagrante.

En Aragón, los anarquistas dirigidos por Durruti, instalaron la colectivización del campo: todas las tierras fueron administradas por la comunidad, se obligó a la derecha a participar en la colectivización, el dinero fue reemplazado por bonos, que se distribuían según el trabajo aportado. Todos tenían derecho a raciones igualitarias de alimentos. La educación fue gratuita y obligatoria. Sin embargo, los anarquistas repartían productos que ellos mismos consideraban dañinos, como el alcohol, el café y el tabaco, vicios imposibles de negar en una república igualitaria.

En Barcelona, los sindicatos ocuparon todas las fábricas, eliminado el dinero se permitió a todos el acceso a lugares exclusivos, como el hotel Ritz. El amor era libre y se eliminó el matrimonio, en una primera etapa y, posteriormente, por presión de las madres, se creó un contrato revolucionario, que se mantenía mientras durara el amor. En 1937, el gobierno republicano de Largo Caballero, llamado el Lenin español, fue presionado para que reprimiera a los anarquistas y a los militantes del POUM, partido obrero de unificación marxista, de tendencia trotskista. Largo Caballero se negó y fue reemplazado por un socialista más autoritario, Negrín, quien aplicó medidas coercitivas contra los anarquistas y el POUM. Madrid estaba acosado por una parte, por los nacionalistas, y por otra, por los republicanos que habían recibido apoyo de Stalin, con la condición de aniquilar a anarquistas y trotskistas. Los primeros se rebelaron creando, por primera vez, una revolución dentro de la revolución: se negaron a entregar las armas a los comunistas. Sin embargo, por presión de los ministros anarquistas, con gran decepción de la base, la rebelión fue socavada sabiendo que la represión le sucedería. Al poco tiempo, fue raptado el presidente del POUM, Andrés Min, y asesinado.

Los rebeldes

En América Latina han predominado los gobiernos dictatoriales de militares serviles al imperialismo norteamericano, sin embargo, el espíritu de rebelión nunca ha podido ser aniquilado. En el siglo XIX, hombres como Hidalgo y Morelos, dieron un carácter popular a los procesos independentistas iberoamericanos. En Chile, personajes como Faustino Sarmiento, en su lucha por la educación popular, y Francisco Bilbao, en su crítica a la sociedad pacata del Chile conservador y, en especial, la organización de los artesanos en la Sociedad de Igualdad, constituyen dos ejemplos de rebeldes, negados por la historiografía decadentista conservadora. En el siglo XX, Zapata y Pancho Villa encabezaron la rebelión popular dentro de la Revolución Mexicana. Cesar Sandino, Farabundo Martí, Charlemagne Peralta y Jacobo Arbens, luchan contra la United Fruit. Camilo Torres, Monseñor Romero, el Frente Sandinista y Salvador Allende, son ejemplo de combates libertarios. A su vez, Che Guevara, Fidel Castro y Camilo Cienfuegos logran derrotar al dictador Fulgencio Batista.

Hemos centrado el análisis de las características de la rebelión latinoamericana en tres personajes: Zapata, Sandino y Che Guevara, de quienes se puede deducir algunas rasgos comunes, el principal de los cuales es el desprecio por el poder. El 22 de septiembre de 1914, Villa y Zapata han triunfado ocupando la ciudad de México. El primero se sentó en el sillón de los presidentes y le cedió al general Zapata la silla del poder. Zapata se negó a ocuparla, diciendo que en ella “un hombre entra bueno y sale malo”. El poder corrompe, por lo que el líder popular se negó a tomarlo. En 1933, Sandino triunfó, “el ejército loco”, como lo llamaba Gabriela Mistral, pudo fácilmente ocupar Managua, sin embargo, decidió pactar con el gobierno de Sacaza.. Che Guevara fue ministro de economía en Cuba, estaba en la cúspide de la gloria, y decidió ir a luchar a Africa y Bolivia.

Sandino fue asesinado a traición por los seguidores de Somoza, quienes lo habían invitado. El Che Guevara murió a manos del ejército boliviano, aislado y abandonado. Asimismo, los tres fueron consecuentes con el pueblo: Zapata mantuvo, durante toda su vida, el plan de Ayala y el reparto de las tierras para los campesinos; Sandino no pactó jamás en la lucha antiimperialista, y el Che Guevara fue consecuente con su ideal del hombre nuevo.

A modo de epílogo

Podemos preguntarnos si, actualmente, el anarquismo tiene alguna vigencia. Es cierto que el período de auge de los anarquistas ha pasado y la propaganda por los hechos carece de sentido. El

comienzo de la Primera Guerra Mundial, en la mayoría de los países, puso fin al auge del anarquismo en Europa, situación que se prolongó, en España, hasta 1937, pero la derrota de la república española tuvo, como consecuencia, la diáspora de los anarquistas ibéricos. Los historiadores recuerdan al anarquismo, especialmente, por la valoración de la altísima moral de estos luchadores por la libertad, por la lucha permanente contra el socialismo autoritario que degeneró en el totalitarismo brutal estalinista, por el compromiso con la rebelión espontánea de las masas, por el rol profético en la organización del movimiento obrero, por la valoración de un sistema social, constituido por una rica sociedad civil.

Durante el siglo XX, el predominio del marxismo-leninismo y de la social-democracia monopolizó la historia de los movimientos socialistas: el anarquismo pareció ser “una utopía” ineficiente al plantear la abolición inmediata de todo poder, tanto civil como religioso. La revolución de 1917 parecía demostrar que el único método para cambiar la sociedad era la toma del poder y la instauración de una dictadura autoritaria, mal llamada del proletariado. Marx había triunfado sobre Bakunin. Los profetas desarmados, parafraseando a un famoso autor trotskista, parecían condenados al basurero de la historia.

En esta baja marea de los movimientos sociales, cuando el socialismo autoritario se bate en retirada, y el predominio de un mundo unipolar pareciera que se consolida por un largo período reaparecen, en forma larvaria aún, algunas ideas propagadas por los pensadores del anarquismo. El método político y de organización autoritaria de revolucionarios profesionales, propio del jacobinismo y, posteriormente, del leninismo, se bate en retirada. Si observamos las nuevas organizaciones sociales como los grupos juveniles, ecologistas, de mujeres, organizaciones no gubernamentales y de reflexión, la mayoría de sus miembros expresa con claridad una crítica y un rechazo, respecto a la organización centralizada. Los mandones de turno son difícilmente aceptados e, incluso movimientos como el Frente Zapatista, dan importancia a un tipo de organización más horizontal.

El anti politicismo de los anarquismos, tan rechazado por los marxistas, ha reaparecido con una potencia inesperada. Asistimos actualmente a lo que podríamos llamar “un invierno de la política”: casi ya no existe un nexo entre ésta y la ética, basta, como ejemplo, en el caso chileno, con mencionar las indemnizaciones a los que fueron directivos de empresas públicas. La actividad política, muchas veces, al igual que en la república plutocrática chilena, es una forma rápida de repartir el poder entre minorías y, en muchos casos, de enriquecerse. El servicio público se ha

convertido en servicio personal o partidario, olvidándose del verdadero propietario del poder, el pueblo. Describir lo que actualmente ocurre en América Latina produce una honda pena. Ya no es ni siquiera la época perdida de los años ochenta, hoy asistimos al derrumbe de los sistemas políticos. Por suerte, los Estados no se pueden declarar en quiebra, ni las naciones desaparecen tan rápidamente pero, en algunos casos, erróneamente, a mi modo de ver, los políticos han declarado la bancarrota en forma anticipada. Argentina y Venezuela, dos países muy ricos, constituyen un ejemplo del derrumbe política anteriormente descrito. En el primer caso, los tres partidos políticos existentes, los militares, los radicales y los justicialistas, que se han turnado en el poder durante toda la historia del siglo XX, destruyeron la economía y la ética del país trasandino; en la sociedad civil existe un rechazo unánime a todos los políticos y demás detentores del poder, incluido el poder judicial. En la cotidianidad, los representantes del establecimiento apenas se atreven a salir de sus casas; y parece ser que el destino de personajes como Videla, Alfonsín, De la Rúa y Cavallo, es encontrarse entre rejas.

En el caso de Venezuela, los dos grandes partidos políticos han desaparecido, siendo reemplazados por un populismo progresista. El circo del último golpe de Estado fue francamente innarrable: el patrón de patrones, apoyado por algunos militares, se tomó el poder, con base en una revolución mediática, dirigida por el *Diario Nacional* y los canales privados de televisión. En sólo veinticuatro horas es repuesto Chaves. El retrato de Bolívar es retirado y al día siguiente, puesto en su lugar. ¡Por favor, déjenlo descansar en paz !

Perú, Colombia, Ecuador, no lo hacen mejor. El primero, acaba de salir de una dictadura y del robo más descomunal en su historia; incluso un viejo político tuvo la audacia de presentarse, como candidato presidencial, después de haber defraudado al fisco. Colombia continúa aún con un arcaico sistema político de los dos partidos, liberal y conservador, y la cotidianidad se desarrolla entre el miedo al secuestro, por parte de los paramilitares, la guerrilla y el narcotráfico. Ecuador, después de un presidente “bailarín”, llegó a la ruina económica y hoy está dolarizado.

La transición chilena, a pesar de los adoradores de la macroeconomía de mercado, tampoco lo ha hecho muy bien: desde el comienzo fue una transacción vergonzosa entre torturadores y víctimas; los famosos acuerdos siempre terminaban favoreciendo a la derecha; los partidos políticos de la Concertación han perdido sus concepciones ideológicas, hoy son entes pragmáticos, legiones extranjeras, conjunto de globos coloreados, o reproducciones de la Falange española, sin clase obrera, pero con gran clientela poblacional. Un presidente de la Concertación se dio el lujo de

perdonar al hijo del dictador en base a la “razón de Estado”, propia del absolutismo del siglo XVII, y salvar del justo juicio universal al padre.

Estoy muy lejos de despreciar a la política, para mí es un oficio digno pero, por desgracia, el solo relato de la miseria en que han caído los políticos latinoamericanos imposibilita, éticamente, un llamado a los jóvenes a inscribirse en los registros electorales. Esta desafección a la política, que no sólo es latinoamericana, sino también mundial no conduce, necesariamente, a un renacimiento del anarquismo: en muchos casos, la respuesta ha sido populismo de distinto contenido ideológico que ha retrasado, aún más, el desarrollo político de América Latina.

Resurgen nuevos movimientos sociales de base, que si bien no se declaran anarquistas, llevan a cabo adaptan muchos de los postulados de los pensadores ácratas. Lamentablemente, el rico tejido popular que surge, espontáneamente, de las situaciones de crisis en los países latinoamericanos, estas organizaciones, como los piqueteros y el trueque, en Argentina, los grupos bolivarianos, en Venezuela, los indígenas y campesinos, en Ecuador, si bien demuestran una gran capacidad para enfrentar la cotidianidad y la protesta, hasta el momento no han sido capaces de convertirse en elementos fundantes de una nueva república. La misma dificultad histórica del anarquismo, respecto al tema del poder, reaparece en momentos en que los sistemas políticos y económicos están cerca del colapso. Podemos preguntarnos si se podrá vencer ese sino histórico. Sólo la historia lo dirá.

Respecto a la utopía, nuestros tiempos se caracterizan por un pragmatismo cuyas miras son, cada día, más limitadas. Es este inmediatismo oportunista el que lleva, incluso a personas bien intencionadas a funcionar, exclusivamente, basados en sus intereses personales. Las frases cínicas como “después de mí el diluvio”, o el “enriqueceos”, hoy son dichas y llevadas a la práctica por grises personajes. Esta actitud es la única que puede explicar que el Secretario General de la O.E.A., César Gaviria, en solo veinticuatro horas, haya olvidado todos los principios democráticos y hubiera apoyado un golpe militar, en Venezuela.

Esta forma de vivencia política es antitética con una visión de una utopía concreta. En este plano, el mundo se hace irrespirable, pues el hombre necesita no sólo de los sueños nocturnos, sino también de los sueños de la vigilia. Sin horizontes de esperanza la vida es un transcurrir absurdo, desde el nacimiento hasta la tumba. Sólo el sueño despierto puede dar sentido a la política. Y sin

ideales, la educación se transforma en mero negocio donde la repetición, como papagayos de saberes, impide realizar con creatividad la tarea educativa.

Bibliografía

- Arvon, Henri (1972), *Bakunin. Absoluto y revolución*, Ed. Herder, Barcelona, 1974
- Bakunin, Mijail (1873), *Estatismo y anarquía*, Ed. Orbis, Barcelona, 1976
- (Idem), *Obras Escogidas*, Ed. del Mediodía, Buenos Aires, 1968.
- Baldwin, Roger (1927-1988), “Notas sobre libros de Kropotkin...” en *Folletos revolucionarios II. Ley y autoridad*, de Pedro Kropotkin, Ed. Tusquets, Barcelona, 1977.
- Brailsford, Henry (1913), *Shelley, Godwin y su Círculo*, Ed. F.C.E., México D.F., 1942.
- Cadina, Victor (1991), “Teología del neoliberalismo”, en *Revista Reflexión y Liberación*, junio, julio, agosto, Santiago de Chile.
- Cepeda, Alfredo, *Los utopistas, Owen, Saint Simon, Fourier, Leroux, Considerant*, Ed. Hemisferio, Buenos Aires, 1950.
- Cortezo, Carlos (1966), *Bakunin*, Ed. Zero, Madrid, 1970.
- Gimbernat, José, *Ernst Bloch, utopía y esperanza*, Ed. Cátedra, Madrid, 1983.
- Horowitz, Irving Louis (1964), *Los anarquistas. I La teoría* Alianza Editorial, Madrid, 1975.
- Idem, *Los anarquistas. II La práctica*, op. cit.
- Jover, José María, y otros (2001), *España: sociedad política y civilización, siglos XIX y XX*, Ed. Areté, Madrid
- Kropotkin, Pedro, *Folletos revolucionarios II, Ley y autoridad*, op.cit..
- Lamennais, Félicité de (1839), “La esclavitud moderna” en *Precursores del socialismo*, Owen/Lammennais/Blanc/Cabet, Ed. Grijalbo, México D.F, 1970.
- Malatesta, Erico, *La anarquía y el método del anarquismo*, Edit. Premia, Puebla, 1989.
- Mondolfo, Rodolfo (1953), “Prólogo” de *La Ciudad del sol* de Tommaso Campanella, Ed. Losada, Buenos Aires.
- Neetlan, Max (1976), “Prólogo” de *Estatismo y anarquía* de Mikel Bakunin, Ed. Orbis, Barcelona.
- Owen/Lammennais/Blanc/Cabet, *Precursores del socialismo*, Ed. Grijalbo, México D.F, 1970.
- Santillán, Diego (1945), “Introducción” a la *Investigación acerca de la justicia política y su influencia en la virtud y la dicha generales*, de William Godwin, Ed. Américalee, Buenos Aires.

- Saint Simon, Henri de (1819), “Prábola de Saint Simon” en *El socialismo anterior a Marx de Graco Babeuf, Saint-Simon y otros*, Ed. Grijalbo, México D.F., 1969
- Servier, Jean, *La Utopía*, (1979), Ed. F.C.E., México D.F., 1995.
- Silva, Julio y Jacques Chonchol, *El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina*, Ed. Universitaria, Santiago, 1965.
- Tuchman, Bárbara (1963), “El anarquismo en Francia” en *Los anarquistas. II La práctica*, op. cit.
- Yellen, Samuel (1936), “Los partidarios americanos de la “Propaganda por los hechos” en Horowitz, Irving Louis (1964), *Los anarquistas. II La práctica*, op. cit.